Más allá de la Nueva Izquierda: en busca de una base radical en Japón (I)

Muto Ichiyo e Inoue Reiko

Traducción de @briserca

Este artículo fue publicado originalmente en AMPO. Japan-Asian Quarterly Review *en 1985. Esta extensa pieza que publicamos en dos partes ahonda en las diversas vertientes de la experiencia de la izquierda marxista japonesa, conformada por un potente movimiento obrero, estudiantil y antimperialista. Un fenómeno político escasamente tratado en el marco de las revoluciones globales de finales de los 60 pero del cual extraer importantes lecciones y que, asimismo, amplía nuestro ángulo de enfoque de la experiencia del 68 global más allá de ejemplos clásicos como el mayo francés. Esta primera aparte abarca la recomposición y división del comunismo japonés en la posguerra y el hito que marcaron las luchas contra el Tratado de 1960 en el desarrollo de la Nueva Izquierda.*

Ahora es un buen momento para evaluar a la Nueva Izquierda en Japón. Cuando *AMPO* se fundó en 1969 como la única revista en lengua inglesa que transmitía el mensaje de un vibrante activismo antiimperialista japonés, se definió con orgullo como «un informe desde la Nueva Izquierda japonesa». El optimismo sobre el poder de las masas populares era el espíritu de la década, y se veía corroborado a diario por la demostración sin precedentes de la voluntad popular de un Vietnam decidido a desafiar el poder imperial de Estados Unidos. Absorbiendo el aire cargado de la época, la Nueva Izquierda japonesa, en los turbulentos años que abarcaron desde finales de los 60 hasta principios de los 70, se afirmó como la fuerza más activa y dinámica de la vida política japonesa. Superando a la oposición de izquierda tradicional —una alianza informal entre los partidos Socialista y Comunista y la federación sindical de tendencia socialista Sohyo—, las acciones imaginativas y los llamamientos radicales de la Nueva Izquierda llevaron al Estado a enfrentarse directamente a esta fuerza numéricamente pequeña, movilizando todo su poderío físico y moral. Las manifestaciones callejeras, en las que se enfrentaban físicamente —e incluso derrotaban— a la policía antidisturbios, conmocionaron a la opinión pública. Las revueltas estudiantiles se extendieron como la pólvora por todo el país. Las fuerzas políticas

establecidas, tanto «progresistas» como conservadoras, mostraron una hostilidad creciente hacia esta nueva fuerza incontrolable. Pero la Nueva Izquierda, en este enfrentamiento, dio lugar a una minoría significativa, millones de personas serias y reflexivas que, bajo la influencia de la Nueva Izquierda, comenzaron a cuestionar los supuestos fundamentales y los mitos sobre el Estado japonés, la sociedad y su relación con el mundo. Se cuestionó profundamente el *statu quo* de Japón. ¿No se había ganado la aparente paz de la que disfrutaba Japón mediante la complicidad con Estados Unidos en el genocidio de los vietnamitas? Al limitarnos a realizar nuestro trabajo cotidiano y, con ello, lucrarnos de la guerra, ¿no estábamos los japoneses contribuyendo a reprimir al pueblo vietnamita que buscaba la independencia?

Fue todo un período de cuestionamientos, que no tuvieron lugar en aulas tranquilas, sino en calles envueltas en gas lacrimógeno y campus universitarios con barricadas, a través de intercambios ensordecedores de arengas interminables, debates sin fin, polémicas acaloradas y, en ocasiones, enfrentamientos físicos, sobre la naturaleza de la sociedad y la responsabilidad de cada individuo para acabar con el statu quo hipócrita y represivo. Al poner en marcha este proceso, la Nueva Izquierda parecía haber roto el consenso tácito de la sociedad japonesa según el cual la prosperidad económica era el valor supremo.

Este movimiento, sin embargo, no era homogéneo. La Nueva Izquierda —una conjunción de partidos y corrientes políticas de carácter revolucionario, comités de acción estudiantil, grupos de iniciativa obrera, grupos de acción comunitaria, intelectuales comprometidos y decenas de miles de personas que salían a la calle a lanzar piedras contra la policía antidisturbios— carecía de un centro único. No obstante, todas estas fuerzas compartían ciertos rasgos comunes. En aquellos años, el mundo fue testigo del surgimiento simultáneo de movimientos radicales sorprendentemente similares, predominantemente juveniles, en Norteamérica, Europa Occidental y Japón. En retrospectiva, la Nueva Izquierda japonesa fue un producto y parte integral de este radicalismo mundial. La inspiración no fue solo Vietnam; el ejemplo y el mensaje del Che Guevara y el llamamiento de Mao a bombardear el cuartel general tuvieron un fuerte impacto en la mente de la gente, despertándola a la posibilidad de un mundo alternativo. Traducidos a un lenguaje que se ajustaba a las necesidades del primer mundo, los llamamientos a la revuelta alimentaron la acción militante contra las instituciones y estructuras que perpetuaban la represión y la explotación aquí y allá.

Sin embargo, el optimismo de aquellos días hace tiempo que se desvaneció; el mundo se presenta mucho más sombrío; la enorme brecha que atraía a tantos activistas se ha cerrado de nuevo —al menos a los ojos de quienes viven en los centros del sistema capitalista mundial—. En la medida en que la Nueva Izquierda

fue producto de toda una época de auge popular a escala mundial, no es de extrañar que también ella haya desaparecido.

¿Fue la Nueva Izquierda un delirio, un fantasma conjurado por una coyuntura histórica excepcional, destinado únicamente a desvanecerse en el momento en que se apagara la brillante luz de Vietnam? En cuanto a las cuestiones planteadas por la Nueva Izquierda, que siguen siendo algunas de las preocupaciones más fundamentales y apremiantes del mundo actual, la respuesta solo puede ser un rotundo no. Aunque la Nueva Izquierda japonesa ha dejado de existir, al menos en cualquier forma que se acerque al vibrante movimiento de finales de los años 60, su legado ha perdurado en el pensamiento y el enfoque de una amplia gama de luchas: grupos comunitarios, movimientos antinucleares, la lucha de los agricultores de Sanrizuka, grupos de trabajadores militantes, movimientos de mujeres, grupos de consumidores, movimientos de personas con discapacidad, actividades de los representantes de las asambleas municipales y en el trabajo de solidaridad internacional. El movimiento radical de finales de los años 60 impulsó de manera irreversible el frente de lucha y las percepciones. Sin embargo, el legado no es del todo positivo. Por ejemplo, la atroz práctica de la lucha interna y las agresiones físicas entre algunos de los grupos de izquierda se originó en los años 60 y 70. El legado es, por tanto, mixto; una parte debe ser acogida y desarrollada, y la otra debe ser superada si se quiere que surja una nueva fuerza sociopolítica radical viable, una necesidad acuciante del Japón actual. Dicha fuerza no se llamará Nueva Izquierda, pero para ser una fuerza seria, tendrá que basarse en lo que la Nueva Izquierda logró.

En este sentido, nos encontramos en una fase de transición. Este ensayo se ha escrito para presentar a los lectores de *AMPO* los movimientos populares japoneses actuales. Pretende mostrar qué legados de la Nueva Izquierda siguen vivos en las diversas áreas de estos movimientos. Dado que ya no podemos hablar de la Nueva Izquierda como una única fuerza sociopolítica, esto solo puede hacerse esbozando la trayectoria histórica de las diversas corrientes que la constituyeron.

Preludio: del auge de la oposición al tratado militar en la década de 1960

1. PCJ y Bund

La Nueva Izquierda de finales de los años sesenta y principios de los setenta, un movimiento de masas por derecho propio no debe reducirse al papel que desempeñaron en ella los grupos marxistas. No obstante, su papel fue crucial. La mayoría de ellos, escisiones del Partido Comunista Japonés, surgieron en el contexto de las luchas internas del PCJ y de las divisiones del movimiento

comunista internacional en el período postestalinista. Eran nuevos en el sentido de que construyeron un movimiento comunista al margen del Partido Comunista oficial —considerado durante mucho tiempo como el partido comunista sacrosanto y monopolístico— y se opusieron vehementemente a él. Si los nuevos grupos marxistas en este contexto resultaron ser nuevos en el sentido de que se enfrentaron a las realidades del capitalismo de posguerra y crearon estrategias adecuadas para cambiarlo era otra cuestión. Una nueva cualidad de la lucha que reflejara y desafiara el nuevo modo de dominación característico del capitalismo tardío no se cristalizaría hasta finales de los años 60, cuando surgieron las masas de la Nueva Izquierda y unieron sus fuerzas con ellos. Fue gracias a una peculiar interacción, caracterizada por graves contradicciones mutuas y una simbiosis complementaria entre los grupos políticos marxistas y las masas de la Nueva Izquierda, que esta última se constituiría más tarde como una fuerza sociopolítica viable.

Dicho esto, debemos partir de la fundación de la Liga Comunista (Bund) en 1958 como origen ampliamente reconocido de la posterior Nueva Izquierda. El Bund fue fruto de la rebelión de los estudiantes comunistas contra la burocracia del PCJ, lo que reflejaba la efervescencia intelectual de la época, dado el fracaso de las políticas del PCJ y el impacto ideológico del colapso de la ortodoxia estalinista en el movimiento comunista internacional.

El Bund fue la primera escisión importante del Partido Comunista Japonés. Fundado en 1922 y destruido por el régimen militar-fascista en la segunda mitad de la década de 1930, el PCJ, a diferencia de sus homólogos europeos, había permanecido al margen de las divisiones de la preguerra del movimiento comunista mundial. No fue hasta después del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y bajo el impacto del levantamiento húngaro de 1956 cuando los intelectuales y los miembros estudiantiles del partido desarrollaron una crítica a la ortodoxia estalinista.

A pesar de no haber logrado resistir eficazmente la guerra imperialista y de la traición de muchos de los principales dirigentes mientras estaban en prisión, los dirigentes restantes del PCJ, algunos de ellos encarcelados durante 18 años, fue capaz de reconstruir rápidamente el partido al salir de prisión en 1945, aprovechando el inmenso prestigio moral y la popularidad que les había otorgado su implacable oposición al régimen imperialista-militarista. Millones de japoneses, muchos de ellos recién regresados de los campos de batalla, se sentían traicionados por el gobierno del Emperador. Un segmento significativo de ellos, especialmente trabajadores e intelectuales, escuchaba con entusiasmo el mensaje del renacido PCJ. Además, la mayoría de la población pasaba hambre y carecía de hogar. Bajo la dirección comunista, el movimiento obrero se extendió muy

rápidamente. La ocupación de fábricas para la producción gestionada por los trabajadores, las marchas contra el hambre y la distribución de alimentos y ropa acaparados por parte de organizaciones comunitarias, las huelgas industriales y otras acciones de masas se extendieron por todo el país, involucrando a un amplio espectro del pueblo japonés. El movimiento de masas de los primeros años de la posguerra demostró claramente el potencial revolucionario del pueblo japonés.

Sin embargo, con el inicio de la Guerra Fría a principios de 1947, las autoridades de ocupación encabezadas por el general Douglas MacArthur cambiaron visiblemente su política de democratización por una postura duramente anticomunista y anti obrera. En 1949-1950 se llevó a cabo una amplia «purga roja» bajo las órdenes de MacArthur, que expulsó a cerca de 300 000 comunistas y simpatizantes de las fábricas, las emisoras de radio, los periódicos, los ferrocarriles nacionales y otros servicios públicos. La burguesía japonesa, animada por el apoyo incondicional de las autoridades de ocupación, se propuso recuperar su posición dominante mediante despidos y medidas antisindicales.

El Partido Comunista cometió un error estratégico. La dirección del partido había calificado la ocupación estadounidense de «fuerza liberadora» y abogaba por una revolución pacífica bajo la ocupación. Por ello, los acontecimientos de 1950 pillaron al partido desprevenido y se tradujeron en una debacle para los comunistas japoneses. El 6 de enero, el Cominform, la voz autorizada de Moscú, emitió una condena enérgica contra los comunistas japoneses por tolerar el «complot para desencadenar la guerra» del imperialismo estadounidense. El 6 de junio, la ocupación prohibió a los miembros del comité central realizar actividades políticas y disolvió el periódico del partido, lo que supuso prácticamente su ilegalización. El 25 de junio comenzó la guerra en Corea, convirtiendo a Japón en la base de retaguardia inmediata de las fuerzas de combate estadounidenses. La crítica del Cominform sumió al partido en el caos, precipitando luchas faccionales en el preciso momento en que el partido se vio obligado a pasar a la clandestinidad ante la severa represión[1]. Se impuso un

[1]. Las luchas entre facciones dentro del PCJ siguieron un curso extremadamente complicado, por lo que aquí solo pueden esbozarse a grandes rasgos. Inmediatamente después de las críticas del Cominform, el Politburó del PCJ emitió una respuesta ligeramente desafiante en la que afirmaba que los camaradas extranjeros no habían comprendido bien la situación japonesa, en la que el partido se veía obligado a utilizar un «lenguaje de esclavo». Sugirió que Nosaka Sanzo (un alto dirigente condenado por el Cominform por oportunismo de derecha) y el partido en su conjunto ya habían rectificado, en la práctica, sus errores. A los miembros de la corriente principal del Buró Político se les denominó «Shokanha» (facción del comentario) a raíz de este comentario característico. Los opositores, entre los que se encontraban varios miembros destacados del Comité Central —como el que más tarde sería uno de los principales líderes, Miyamoto Kenji— y comunistas de la dirección de Zengakuren, atacaron al Politburó por su postura ambigua y apologética, exigiendo la aceptación incondicional de las críticas. Por ello, se les denominó «internacionalistas». La corriente principal tildó a los opositores de «trotskistas» y, a su vez, los

estricto control de tiempos de guerra a toda la nación. Se suprimió la libertad de expresión y de reunión. Los infractores de los decretos de emergencia de la ocupación fueron detenidos y juzgados por tribunales militares estadounidenses.

En 1951, el partido adoptó un nuevo programa (que, según se dice, fue redactado bajo la intervención personal directa del camarada Stalin), en el que se describía a Japón como un país totalmente sometido por Estados Unidos y se planteaba una revolución democrática para la liberación nacional del yugo del imperialismo estadounidense. En virtud de este programa, el partido abogó por la lucha armada contra la ocupación estadounidense y los reaccionarios japoneses que colaboraban con el imperialismo estadounidense, e incluso intentó organizarla. También estipulaba que las relaciones semifeudales se conservaban prácticamente intactas en la agricultura japonesa. El programa no era más que una ligera revisión de la estrategia que había llevado al poder a los comunistas chinos. Pero en Japón esta estrategia fue un trágico anacronismo. Se adoptó precisamente cuando el capitalismo monopolista japonés, tras haber superado la oleada de militancia obrera y popular de la posguerra con la ayuda de la ocupación estadounidense y la inyección masiva de fondos estadounidenses en forma de adquisiciones militares, inició su programa de nueva acumulación de capital, extendiendo su control sobre todos los aspectos de la sociedad japonesa. El programa del partido nunca tuvo posibilidades de éxito y provocó la pérdida de su apoyo popular, de muchas vidas jóvenes y de su base parlamentaria (35 escaños en las elecciones de 1949), además de las consiguientes disputas internas en el partido.

En 1955, Japón había llegado a otro punto de inflexión. La gente ya no vivía rodeada de escombros y mercados negros; no eran ricos, pero ya no pasaban hambre. Los grandes almacenes se llenaban de una variedad cada vez mayor de productos de lujo. En el centro de la ciudad se levantaban nuevos edificios. Japón ya no estaba bajo ocupación, aunque las fuerzas armadas estadounidenses seguían estacionadas en virtud del tratado de seguridad entre Japón y Estados

---

«internacionalistas» condenaron a los «shokanha» como «titoístas» y «nacionalistas burgueses». El grupo «shokanha» hacía hincapié en el derrocamiento del gobierno reaccionario japonés, mientras que los «internacionalistas» y la dirección de Zengakuren, entre otros, abogaban por la lucha política directa contra el imperialismo estadounidense. La diferencia programática provocó una escisión organizativa del partido, ya que la mayoría del comité central «shokanha» pasó a la clandestinidad por su cuenta y rompió los contactos con los miembros de la oposición. Todo ello ocurrió dentro de la ortodoxia del movimiento comunista internacional, y las facciones enfrentadas trataron de legitimar sus respectivas posiciones obteniendo el apoyo de Moscú y Pekín. Así pues, cuando Pekín intervino a favor de los «shokanha» y respaldó el programa de 1951, la mayoría de los internacionalistas hicieron autocríticas y se reincorporaron a la corriente principal. Sin embargo, las relaciones internas del partido siguieron siendo tensas, la desconfianza mutua era generalizada y continuaron las purgas de cuadros y dirigentes. Se celebró el VI Congreso del partido para ayudar a restablecer la unidad del partido.

Unidos. Las hostilidades en Corea se habían detenido en virtud de los acuerdos de alto el fuego y los acuerdos de Ginebra del año anterior convirtieron la «coexistencia pacífica» en una expresión de moda de la época. Ese año, la RNB (Renta Nacional Bruta) de Japón superó el máximo alcanzado antes de la guerra, y la Agencia de Planificación Económica declaró que «el período de posguerra había terminado». Los sociólogos empezaban a hablar de la llegada de la «sociedad de masas» a Japón. El capitalismo japonés entraba en un largo período de alto crecimiento y prosperidad.

Todas las fuerzas sociales y políticas de Japón sintieron que debían adaptarse a esta nueva situación. Las grandes empresas pusieron en marcha su plan de racionalización industrial a largo plazo mediante la creación del Centro de Productividad de Japón. El Consejo General de Sindicatos (Sohyo), la federación sindical más poderosa bajo una dirección socialista llevó a cabo la primera «campaña laboral de primavera» para reclamar salarios más altos. En el ámbito político, los dos partidos conservadores se fusionaron para formar el Partido Liberal Democrático, y los partidos socialistas de izquierda y derecha se reunieron para constituir el principal partido de la oposición. Esta configuración política, el PSJ de la oposición frente al arraigado PLD o, en términos más generales, el bando progresista frente al conservador (a menudo denominado el «Sistema de 1955»), seguiría siendo el marco de las luchas políticas hasta su desaparición a finales de los años 70.

El Partido Comunista también reaccionó ante el nuevo contexto. En julio de 1955, el partido convocó su sexta conferencia nacional, en la que la dirección renunció a su anterior «aventurerismo de izquierda» (la línea de la lucha armada). Los líderes de las facciones enfrentadas llegaron a un acuerdo y se declaró renovada la unidad del partido. Sin embargo, la autocrítica fue superficial: las diferencias de opinión en la cúpula se pasaron por alto en nombre de la unidad del partido y se eludió la responsabilidad de la dirección por la mala orientación. Curiosamente, el programa del partido de 1951, obviamente erróneo, no fue derogado, sino que se declaró válido en aras de la paz entre facciones. Esta solución a medias sumió al partido en una confusión total. Las bases se rebelaron, reprochando a la dirección haber llevado al partido al borde del colapso y exigiendo la democratización y una revisión a fondo de la línea del partido. Al año siguiente, el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética conmocionó a todo el partido, estimulando el pensamiento independiente y crítico, una nueva búsqueda teórica y la revisión de la historia del movimiento comunista en Japón y en el mundo. La dirección del partido no respondió con sinceridad a las voces de las bases y de los intelectuales del partido, sino que solo se preocupó por someterlos a su control en nombre de la disciplina. Por otra

parte, la dirección prometió cambiar el programa y redactó uno nuevo en 1957, pero ese borrador conservaba la mayoría de los elementos esenciales del programa de 1951, definiendo a Japón como un país capitalista desarrollado sometido por Estados Unidos y concluyendo que, por lo tanto, la revolución a la que se enfrentaba Japón no era una revolución socialista, sino una revolución democrática nacional para recuperar soberanía perdida mediante la derogación del sistema del Tratado de Paz de San Francisco, que convirtió a Japón en un estado cliente de EE. UU. Aunque abandonó la caracterización de la agricultura japonesa como semifeudal, el programa de revolución en dos etapas no se fijó la tarea de derrocar el capitalismo, ni reconoció a Japón como un país imperialista. Según la dirección del PCJ, un país podía ser o bien un país subyugado o bien un país imperialista totalmente independiente, y Japón, a pesar de su capitalismo monopolista altamente desarrollado, no podía ser imperialista mientras estuviera «subyugado por EE.UU.».

Este enfoque estratégico, así como el control burocrático del partido, se enfrentó a dos importantes grupos de oposición internos. Uno de ellos, que incluía a algunos de los principales dirigentes, sostenía que, aunque la independencia nacional real seguía siendo una tarea importante, la revolución inmediata en Japón solo podía ser una revolución socialista. Muchos de los teóricos de la oposición, basándose en la obra de Gramsci y Togliatti, argumentaban que en las sociedades capitalistas desarrolladas se puede avanzar hacia el socialismo mediante reformas democráticas profundas o una «guerra de posiciones», que reestructuraría profundamente la sociedad bajo la «hegemonía intelectual y moral» del proletariado. Basándose en Lenin, este grupo de oposición sostenía al mismo tiempo que, mientras Japón fuera un país capitalista monopolista altamente desarrollado, debía considerarse automáticamente un país imperialista, estuviera o no subordinado a EE. UU. Este grupo no era monolítico, pero en su lucha contra la burocracia central y su estrategia, muchos de ellos invocaban la nueva ortodoxia de Roma o Moscú para justificar su posición.

La otra oposición activa dentro del partido la constituían los estudiantes comunistas, que lideraban un vigoroso movimiento estudiantil.

El movimiento estudiantil japonés de la posguerra tuvo un comienzo tardío. La Federación Nacional de Asociaciones Estudiantiles de Japón (Zengakuren) se fundó en 1948, cuando la Guerra Fría ya se había instalado. La Zengakuren llevó a cabo luchas antiimperialistas militantes en todo el país: huelgas y manifestaciones estudiantiles contra la «purga roja» iniciada por Estados Unidos, la Guerra de Corea y a favor de un tratado de paz justo que otorgara la independencia a Japón. Los dirigentes de la Zengakuren eran miembros del PCJ, pero promovieron el movimiento estudiantil de forma relativamente autónoma

desarrollando lo que se conoce como la teoría de «los estudiantes como estrato social». Esta teoría sostenía que los estudiantes, como estrato social, tenían un potencial revolucionario en el entorno de la posguerra y que, si ese potencial se desarrollaba adecuadamente, reaccionarían directamente ante los urgentes problemas políticos de la nación y, por lo tanto, desempeñarían un papel pionero en la lucha política nacional. La dirección de la Zengakuren valoraba, por tanto, la sensibilidad política de los estudiantes y su tendencia al radicalismo. La Zengakuren afirmaba que los estudiantes de la posguerra ya no eran un puñado de élites, sino un estrato de intelectualidad empobrecida que se identificaba con los intereses del proletariado y de los trabajadores en la lucha por la paz y el cambio social. Sin embargo, la burocracia central del partido veía con recelo esta tendencia de los estudiantes hacia la autonomía y el radicalismo, y quería someter el movimiento estudiantil directamente a su control; consideraba que los estudiantes eran de clase pequeña burguesa y, por lo tanto, propensos a vacilar a menos que estuvieran siempre estrictamente controlados por el partido[2].

En la división del partido durante la Guerra de Corea, se apartó a los defensores del papel pionero de los estudiantes de la dirección de Zengakuren y se les sustituyó por partidarios de la corriente dominante. Para ser justos, las masas estudiantiles lucharon valientemente bajo la nueva dirección contra las bases militares estadounidenses y la firma de los tratados de paz y seguridad de San Francisco en pro de una verdadera independencia nacional, pero el erróneo programa de 1951 tuvo, por supuesto, efectos muy negativos en el desarrollo fluido del movimiento estudiantil, y al fracasar la línea de la lucha armada, el movimiento estudiantil también se debilitó. El partido y la dirección de Zengakuren, en un esfuerzo por salir del aislamiento, se pasaron al extremo opuesto tras el sexto congreso del partido, reduciendo a Zengakuren a actividades

[2]. En el período anterior a la guerra, el movimiento estudiantil de izquierdas solo existía en forma de organizaciones voluntarias de estudiantes radicalizados (por ejemplo, grupos de estudio de ciencias sociales). Por el contrario, la Zengakuren era una federación de asociaciones estudiantiles que agrupaba a todos los estudiantes del campus. (Cuando se fundó la Zengakuren, contaba con 300.000 estudiantes de 147 campus universitarios.) La dirección del PCJ, que solo contaba con su experiencia de antes de la guerra, tenía dudas sobre la posibilidad de que un movimiento estudiantil tan amplio desempeñara un papel progresista. La dirección de la Zengakuren, bajo la orientación teórica de Takeo Teruo, sostenía que, dadas las condiciones de la posguerra, no solo los estudiantes políticamente avanzados, sino toda la masa estudiantil, como estrato social, podía desempeñar un papel pionero en la lucha política. Además, la dirección del PCJ, al dudar del papel de los estudiantes independientes, disuadió a los estudiantes progresistas de organizar una liga estudiantil independiente. El partido intentó integrar a los estudiantes políticamente activos en la liga juvenil del partido (la Liga Juvenil Democrática), que estaba directamente sometida al control del partido. Aun así, la Zengakuren organizó una Liga Estudiantil Antiguerra. Esta liga se disolvió tan pronto como el grupo «Shokanha» estableció su hegemonía en la Zengakuren en 1952.

culturales propias de una «organización de servicios» que atendía las necesidades cotidianas de los estudiantes como acontecimientos deportivos y festivales.

Pero la sexta conferencia también inició una revisión total de esta desviación. Los estudiantes comunistas comenzaron a luchar contra el error de la derecha en un esfuerzo por revivir las tradiciones militantes de la Zengakuren y se restableció la teoría del papel pionero. Pronto, la política de «organización de servicios» fue oficialmente condenada y rechazada por la Zengakuren, y el movimiento estudiantil recuperó su vigor político y su militancia.

En 1956 y 1957, el movimiento Zengakuren cobró un nuevo impulso y dedicó todas sus energías a la acción de masas, principalmente en torno a cuestiones relacionadas con la paz. Así, los estudiantes afiliados a Zengakuren se ganaron una gran popularidad entre la población al participar y, de hecho, encabezar la lucha contra la ampliación de una base militar estadounidense cerca de Tokio, y contribuyeron eficazmente a la lucha del Sindicato de Docentes de Japón contra la imposición de un sistema de evaluación de los docentes en 1958.

La dirección del PCJ no estaba satisfecha con esta tendencia autónoma del movimiento Zengakuren, sobre todo porque los estudiantes comunistas estaban formulando críticas agudas a la línea del partido y al borrador del programa.

Los estudiantes miembros del PCJ coincidían con el principal grupo de oposición en proponer una revolución socialista, pero se diferenciaban de ellos en dos puntos importantes: (1) Pretendían llevar a cabo un renacimiento leninista purificando el leninismo de las distorsiones estalinistas, reviviendo la noción de revolución proletaria mundial e internacionalismo, en oposición a la idea de Stalin del socialismo en un solo país, mientras que los seguidores de la línea Gramsci-Togliatti (marxistas modernos) se preocupaban más por comprender las nuevas realidades del capitalismo y las formas de abordar el socialismo en las nuevas condiciones del capitalismo moderno; y (2) los estudiantes se apartaron así de la ortodoxia del movimiento comunista internacional de la era estalinista, mientras que los seguidores de Gramsci-Togliatti se mantuvieron dentro de la nueva ortodoxia expresada en la declaración de Moscú de 1957 de los 17 partidos comunistas (posteriormente, la Declaración de 1960 de los 80 partidos comunistas).

La burocracia central del partido y los militantes estudiantiles se enfrentaron frontalmente en junio de 1958, lo que provocó una expulsión masiva y la dimisión de numerosos estudiantes del partido. En diciembre de ese mismo año, los estudiantes comunistas fundaron la Liga Comunista (Bund). En su manifiesto fundacional, «Para conquistar el mundo entero», el Bund sostenía que las condiciones objetivas para la revolución proletaria mundial estaban maduras,

pero que la revolución no se había producido debido al «revisionismo» en la dirección del movimiento comunista internacional. Precisamente por esta razón, el comunismo aún no se había logrado en ninguna parte del mundo. La furiosa dirección del PCJ lanzó campañas contra el Bund tildándolos de trotskistas.

Si bien la revisión histórica de Trotsky de la ortodoxia estalinista tuvo, por supuesto, un profundo impacto en el pensamiento de los estudiantes comunistas que formaron el Bund, no se puede calificar correctamente al Bund de movimiento trotskista. Se trataba más bien de una mezcla de diversas influencias ideológicas y teóricas, habiendo desempeñado Trotsky el papel de impulsor al ayudar a los estudiantes comunistas a despegar del plano de la ortodoxia estalinista[3].

---

[3]. La posición teórica del Bund en sus inicios defendía una revolución (socialista) en una sola etapa en Japón, en contraposición a la teoría de la revolución (democrática) en dos etapas del PCJ (estalinista). El programa del Bund iba unido a un llamamiento a la revolución mundial inmediata, rechazando explícitamente el «socialismo en un solo país» de Stalin y la «coexistencia pacífica» de Jrushchov. El teórico del Bund, Himeoka Reiji, desarrolló su teoría del capitalismo de monopolio de Estado para concretar esta posición general en el contexto japonés. Sostenía que, en la etapa del capital financiero, los vestigios de la vieja sociedad, como la pequeña agricultura y el gran número de pequeñas empresas, se mantenían y reproducían estructuralmente. Por lo tanto, rechazaba la suposición de que el capital financiero destruiría por completo la estructura premoderna y crearía una sociedad capitalista pura. La estructura premoderna de la sociedad japonesa, sostenía, no desaparecería sin eliminar el capital financiero. Este argumento criticaba la línea tradicional del PCJ según la cual el socialismo no estaba en la agenda porque aún existían elementos premodernos (feudales) muy extendidos en la sociedad japonesa, de los que primero había que deshacerse (mediante una revolución democrática) antes de que la sociedad pudiera afrontar las tareas de la revolución socialista. Esta cuestión fue un problema persistente para la izquierda japonesa. A finales de los años 20 y durante los 30, los teóricos marxistas japoneses se dividieron en los grupos Koza y Rono, que debatían sobre la naturaleza de la revolución japonesa. El grupo Koza, respaldado por el PCJ, consideraba que el Estado japonés posterior a la Restauración Meiji era una monarquía absoluta basada en una alianza entre terratenientes y burguesía, con una propiedad de la tierra de carácter (semi)feudal, mientras que el grupo Rono, que consideraba la Restauración Meiji una revolución burguesa, sostenía que, a pesar de los numerosos vestigios y legados del feudalismo, el Estado japonés era un Estado burgués con una clase dominante burguesa. Los partidarios de Koza obtuvieron el respaldo del programa de la Comintern de 1932 para Japón. Las dos posiciones teóricas daban lugar a estrategias diferentes: si el Estado japonés era un Estado absolutista basado en relaciones semifeudales en la agricultura, la revolución inmediata sería democrática, derrocando el gobierno del Emperador y estableciendo la democracia burguesa; pero si el Estado ya era un Estado burgués, la revolución sería socialista, derrocando el dominio de la burguesía. Este debate llegó a su fin a finales de los años 30 debido a la represión policial que acabó con la vida del movimiento de izquierda de antes de la guerra en su conjunto. Todas las polémicas relativas a la naturaleza de la revolución en Japón en los años 50 y 60 giraron en torno a este tema. Sin embargo, los teóricos del Bund no se basaron en la escuela Rono de antes de la guerra, sino en Uno Kozo (1897-1977), un economista marxista singular que se esforzó por superar la controversia de antes de la guerra mediante una nueva metodología de análisis. Aunque se situaba básicamente del lado de Rono, sostenía que el debate de antes de la guerra había sido infructuoso porque ambas partes intentaban aplicar directamente *El Capital* de Marx a la realidad japonesa. Según él, debían diferenciarse tres niveles de investigación para la correcta aplicación de la teoría marxista. El primer nivel se refiere al funcionamiento de la ley abstracta del capital, cuyo análisis se desarrolló en El Capital. El segundo nivel consiste en identificar el funcionamiento real del capitalismo histórico en cada una de las

El origen del trotskismo japonés no fue el Bund, sino la Liga Trotskista fundada en 1957, que más tarde se convirtió en la Liga Comunista Revolucionaria o LCR. Fundado por intelectuales procedentes principalmente del PCJ, bajo la influencia del levantamiento húngaro, este grupo tenía una orientación rígidamente ideológica y programática. Insistían en que el establecimiento de una línea firmemente antiestalinista era el requisito previo para la creación de un partido.

El Bund se opuso rotundamente a esta línea argumental y a este estilo de trabajo. Criticando la postura de «programa antes que organización» y «organización antes que acción» de este grupo, el Bund sostenía que un partido no se puede construir en el vacío: la acción debía ser lo primero. Los jóvenes comunistas del Bund tenían que proteger al movimiento de la influencia asfixiante de la burocracia oficial del partido y desarrollarlo como parte de la revolución proletaria japonesa en el marco de la revolución mundial. El manifiesto fundacional se inspiró en el *Manifiesto Comunista* de 1848 para definir el carácter del partido de vanguardia que el Bund iba a construir: «Un programa de emancipación del proletariado solo nacerá a través del fuego de la práctica, de la acción que satisfaga las necesidades de la lucha de clases».

El joven y ambicioso Bund y la Zengakuren, bajo su liderazgo, pronto serían puestos a prueba por el fuego de la práctica.

2. La lucha contra el tratado de 1960

Cuando se fundó el Bund, se avecinaba una gran tormenta política. El Gobierno Liberal Democrático, encabezado por Kishi Nobusuke[4], estaba negociando un nuevo tratado militar con Estados Unidos que sustituiría al primer tratado de seguridad de 1952. El nuevo tratado preveía un mayor papel militar de Japón en la misión de «mantenimiento de la paz» estadounidense en Extremo Oriente,

tres etapas de su desarrollo: el mercantilismo, el liberalismo y el imperialismo. El tercer nivel es el del análisis empírico de la situación actual del capitalismo, que requiere su propio nivel metodológico. La mayor parte de sus esfuerzos académicos se centraron en el primer nivel de estudio: la recomposición de *El Capital*. En la época en que surgió el Bund, la obra y el enfoque de Uno tuvieron un impacto renovador en los jóvenes intelectuales, sobre todo porque Uno restableció la economía marxista como una ciencia social pura, cuya validez no debe verse afectada arbitrariamente por «consideraciones» políticas voluntaristas impuestas por el partido. La adopción de la teoría de Uno por parte del Bund en este contexto puede considerarse otra forma de declarar la independencia de la ortodoxia del PCJ y la Comintern, más que un reflejo del valor revolucionario de dicha teoría.

4. Kishi Nobusuke es el abuelo de Abe Shinzō, primer ministro de Japón de 2006 a 2007 y de 2012 a 2020. El 8 de julio de 2022 fue herido de dos disparos mientras daba un discurso cerca de la estación de trenes Yamato-Saidaiji, en la ciudad de Nara, pocas horas después se anunció su muerte, *N. del T.*

mientras que el primer tratado había sido básicamente un acuerdo de arrendamiento de bases.

Todas las fuerzas progresistas de Japón se unieron en una lucha conjunta contra la firma del nuevo tratado, advirtiendo de que el nuevo pacto podría volver a involucrar a Japón en una guerra desastrosa y reinstaurar un régimen fascista en la sociedad japonesa. La opinión pública estaba especialmente alarmada porque Kishi lideraba esta iniciativa. Ministro de Comercio en el gabinete de Tojo durante la guerra, Kishi fue encarcelado en 1945 como criminal de guerra de clase A. El ascenso de este fascista impenitente a la presidencia del Gobierno sacudió la sensibilidad de los japoneses, que aún recordaban las devastadoras consecuencias de la guerra. Además, era un político corrupto que se había embolsado enormes comisiones ilegales al supervisar el programa de reparaciones para el Sudeste Asiático.

El movimiento contra el tratado se extendió de forma constante y luego rápidamente, atrayendo a millones de japoneses a la lucha política de masas más grande y prolongada del Japón de la posguerra.

En marzo de 1959, el Partido Socialista, Sohyo, el Partido Comunista y las organizaciones de masas bajo su dirección crearon el Consejo Nacional contra la Revisión del Tratado de Seguridad, como centro de movilización para las campañas contra el tratado. La Zengakuren, dependiente del Bund, también participó en este consejo. Intelectuales, profesionales, grupos cristianos y de otras confesiones religiosas, todos organizaron sus propias organizaciones contra el tratado. También se organizó una amplia red de consejos regionales, municipales y de barrios bajo el Consejo Nacional. Se formaron pequeños grupos en los lugares de trabajo y en las comunidades de todo el país para estudiar el contenido del nuevo tratado.

El recién nacido Bund apostó su destino a esta lucha contra el tratado. Pero su enfoque no era el mismo que el de la corriente principal progresista, orientada hacia la paz. El Bund argumentaba que el nuevo tratado de seguridad, al otorgar a Japón un mayor papel militar, reflejaba el resurgimiento del imperialismo japonés. El antiguo tratado de seguridad fue sustituido por uno nuevo para reforzar el prestigio nacional de Japón, acorde con el nuevo poder económico que había adquirido. Por lo tanto, el tratado es fundamental para la agresión japonesa en el extranjero y para la represión del proletariado japonés. El Bund concluyó que, al acabar con el tratado, el proletariado japonés estaría en condiciones de derrocar al imperialismo japonés y contribuiría a promover la revolución proletaria mundial.

Durante los quince meses que duró la campaña contra el tratado, el Bund-Zengakuren, gracias a su actuación audaz y decidida, demostró ser la punta de lanza de toda la lucha. «O muere el tratado, o morirá el Bund», proclamaban. En respuesta a esos llamamientos y a esa agitación tan apasionados, decenas de miles de estudiantes salieron a la calle.

La primera intervención importante del Bund tuvo lugar el 28 de noviembre de 1959: ese día, 3,5 millones de personas en todo el país llevaron a cabo una acción nacional contra el tratado (la octava de una serie), con medio millón de trabajadores que realizaron paros laborales. Los alrededores de la Dieta Nacional (el Parlamento) de Tokio se llenaron de 30.000 manifestantes, y la Dieta estaba custodiada por 5.000 policías. La mayoría de los manifestantes estaban ya hartos de la orientación dócil y legalista de los dirigentes del consejo. Mientras que la gente tenía la firme intención de luchar contra el tratado, la dirección oficial parecía estar interesada únicamente en la afluencia de participantes. Los dirigentes siempre pedían a los manifestantes que marcharan de forma ordenada, unida y pacífica hasta la puerta de la Dieta, donde se les pedía que entregaran las peticiones una tras otra a los diputados socialistas y comunistas, quienes les ofrecían un apretón de manos, una sonrisa y les decían «gracias, camaradas». Este estilo de protesta fue apodado despectivamente como «servicio fúnebre».

Aquel día se abandonó el estilo ceremonial de la lucha y surgió por primera vez la confrontación. Siguiendo el ejemplo de cientos de estudiantes de Zengakuren, 30 000 personas, en su mayoría trabajadores, irrumpieron por la puerta principal de la Dieta, rompiendo los cordones policiales. El santuario de la política burguesa japonesa se convirtió en un mar de banderas rojas, y una multitud exultante coreaba consignas, escuchaba discursos y abucheaba a los portavoces socialistas y comunistas que, sorprendidos por el furor de los acontecimientos, suplicaban a la multitud que se dispersara. Sin embargo, muchos miembros del PCJ se habían sumado con entusiasmo a la mayoría en la invasión del santuario. Encerrados en el edificio de la Dieta, los líderes del PLD entraron en pánico y, en medio de la confusión, se les oyó murmurar: «¿Qué es esto? ¿Es esto una revolución?». La acción fue física, pero su efecto fue político y liberador. Conmocionada por los acontecimientos de aquella tarde, la dirección oficial del PCJ lanzó una feroz campaña de desprestigio contra el Bund, pero a medida que la lucha se desarrollaba, la difamación del PCJ sonaba cada vez más hueca a los oídos de las masas militantes contrarias al tratado. La situación se volvió cada vez más inestable, socavando el control burocrático de las direcciones del PCJ y del PSJ.

La dirección del PCJ hizo todo lo posible por aislar a el Bund Zengakuren. Cuando el primer ministro Kishi se disponía a partir hacia Washington para firmar el

tratado en enero de 1960, el PCJ y la dirección del consejo se negaron a movilizar a la gente en los alrededores del aeropuerto de Haneda, en Tokio, para impedir su partida. Dado que se trataba de un momento decisivo en la lucha, bastantes sindicatos afiliados a la Sohyo, e incluso algunas organizaciones de fachada del PCJ, estaban a punto de sumarse a la acción de protesta del Zengakuren en el aeropuerto de Haneda, pero fueron frenados en el último momento por las amenazas e intimidaciones del PCJ. El PCJ dio la impresión de que le preocupaba más luchar contra el Bund que contra el tratado y Kishi. La noche antes de la partida de Kishi, setecientos estudiantes de Zengakuren ocuparon el vestíbulo del aeropuerto, y miles más se enfrentaron a la policía en el exterior del aeropuerto, lo que obligó al primer ministro a colarse en el aeropuerto por una puerta trasera y partir hacia Washington sin ceremonias.

El punto álgido de la lucha contra el tratado se produjo en mayo y junio. La oposición popular había llegado a su punto de ebullición, Kishi y el PLD estaban extremadamente irritados por el lento avance de las deliberaciones en la Dieta. Si las deliberaciones no se completaban durante la actual legislatura, el tratado sería descartado. Kishi decidió prorrogar la legislatura y aprobar el tratado a toda costa. (La Constitución establece que un proyecto de ley o un tratado puede entrar en vigor automáticamente un mes después de su aprobación en la Cámara Baja, incluso si la Cámara Alta no lo aprueba, siempre que la Dieta siga reunida). El 19 de mayo, el PLD hizo entrar a 500 policías antidisturbios en la sala de la Cámara Baja y sacó a rastras a todos los diputados de la oposición que protestaban. En ausencia de los partidos de la oposición, se prorrogó el mandato de la Dieta y se declaró aprobado el tratado.

Esto provocó oleadas de protestas públicas y el sentimiento anti-Kishi alcanzó proporciones enormes de la noche a la mañana. El grito de «abajo Kishi» se alzó desde todos los rincones de la sociedad japonesa. Se desató un mes de agitación política: los comerciantes cerraron sus tiendas en señal de protesta, las manifestaciones ante la Dieta se multiplicaron con cientos de miles de manifestantes cada día y la policía antidisturbios comenzó a perder el control del centro de Tokio. El Consejo Nacional convocó una huelga general para el 4 de junio. Nunca antes el pueblo japonés había estado tan politizado como durante mayo y junio de 1960.

El presidente Dwight Eisenhower tenía previsto visitar Japón para apoyar los esfuerzos de Kishi por imponer el tratado a unos japoneses indignados. El secretario de prensa de Eisenhower, Haggerty, llegó al aeropuerto de Haneda el 10 de junio para preparar la visita presidencial. En esta ocasión, fueron el PCJ y

su rama estudiantil, Zenjiren[5], los que se movilizaron contra la visita de Ike. La limusina de Haggerty fue bloqueada a las puertas del aeropuerto por miles de manifestantes. Haggerty y el embajador estadounidense MacArthur tuvieron que ser rescatados de su coche destrozado por un helicóptero de la policía.

Pero fue precisamente en ese momento álgido de la movilización popular cuando comenzó la crisis de liderazgo. Legalmente, el tratado debía entrar en vigor automáticamente el 18 de junio, y no parecía haber forma alguna de impedirlo. ¿Hacia dónde podía dirigirse la lucha? ¿Hacia la revolución? A la dirección oficial del PCJ y el PSJ ni se les pasó por la cabeza. ¿Y el Bund? La mayoría de los japoneses eran claramente anti-Kishi, pero ¿estaban a favor de la revolución? El 3 de junio, la Sohyo convocó una huelga general, pero, a pesar de las grandes expectativas, los paros laborales solo duraron unas pocas horas esa mañana. Al parecer, la clase obrera japonesa no estaba preparada para ir más allá de una acción de protesta. Precisamente porque la lucha contra el tratado se extendió tanto, su contenido se diluyó. Un grupo de influyentes intelectuales liberales llegó incluso a declarar que el tratado ya no era la cuestión decisiva; la cuestión más urgente, según ellos, era la destrucción de la democracia parlamentaria por parte de Kishi.

El Bund-Zengakuren tampoco tenía perspectivas, pero decidió hacer frente a la situación intensificando sus acciones. El 15 de junio, tres días antes de la ratificación automática del tratado, el Bund-Zengakuren reunió sus fuerzas y movilizó a 17.000 estudiantes en torno a la Dieta. Desarmados, se abalanzaron contra la policía antidisturbios, fuertemente equipada, irrumpieron por una de las puertas de la Dieta y ocuparon el recinto. La respuesta policial fue despiadada. Cientos de manifestantes fueron golpeados con porras hasta quedar

5. Una vez que la dirección de Zengakuren pasó a estar bajo el control del Bund, las asociaciones estudiantiles que aún permanecían bajo el control del PCJ formaron su propio consejo nacional de enlace, el Zenjiren. Criticando al Zengakuren del Bund por sus tendencias golpistas y aventureras, el Zenjiren organizó a las masas estudiantiles en el marco del Consejo Nacional. Sin embargo, la mayoría de los dirigentes del Zenjiren y de los estudiantes afiliados al PCJ eran opositores internos del partido (defensores de la revolución socialista) y fueron expulsados o abandonaron el partido cuando Shojiro Kasuga y otros dirigentes destacados del partido fueron expulsados en 1961. El movimiento estudiantil del Zenjiren se independizó así y amplió rápidamente su influencia en el período de lucha posterior al tratado. El frente estudiantil nacional se sometió a una reorganización entre 1961 y 1964. Durante algún tiempo, los antiguos miembros de Zenjiren, la Liga Estudiantil Socialista (la rama estudiantil del Bund) y la Liga Juvenil Socialista se unieron para reconstruir un Zengakuren unificado, pero el grupo de antiguos miembros de Zenjiren se separó posteriormente. Las organizaciones estudiantiles bajo el liderazgo de las facciones escindidas del PCJ en 1961 eran el Frente Estudiantil Socialista (bajo la Liga Socialista Unida), la Liga Juvenil Comunista (bajo el Movimiento de Renovación Socialista) y la Liga Estudiantil Democrática (cuya ala izquierda se adhirió posteriormente al Partido Comunista de los Trabajadores).

inconscientes. Los profesores universitarios que llegaron al lugar preocupados por sus estudiantes también fueron atacados y resultaron heridos.

Lo mismo les ocurrió a los periodistas que cubrían el suceso. La cobertura en directo por radio y televisión ofreció un relato detallado y de primera mano de la brutalidad policial. El enfrentamiento causó inmediatamente sensación en todo el país. Al escuchar la radio, cientos de personas salieron de sus casas para acudir rápidamente al lugar y ayudar a los estudiantes heridos. En esta batalla, Kanba Michiko, estudiante de la Universidad de Tokio y organizadora del Bund, fue asesinada por la policía. Su muerte cristalizó la ira pública y se ganó la simpatía de todos los opositores a Kishi, incluido el PCJ. El suceso fue cubierto por los medios de comunicación a nivel internacional, y Mao Tse-Tung, en su declaración especial, calificó a Kanba de mártir del pueblo japonés.

La batalla del 15 de junio fue tanto el punto álgido como el punto de inflexión de la lucha contra el tratado. Al día siguiente, Kishi canceló su invitación a Eisenhower y, posteriormente, anunció su dimisión. El gabinete de Kishi fue destituido, pero el tratado entró en vigor el 18 de junio al dar la medianoche. En ese momento, 230.4 000 personas habían rodeado el edificio de la Dieta, pero al no tener forma de detener el paso del tiempo, se sintieron derrotadas y desilusionadas; muchas lloraron. En medio de la multitud silenciosa, un líder del Bund murmuró una frase que ahora es muy conocida: «¡Maldita sea! ¡Maldita sea! Todo esto ha sido un enorme, enorme cero».

3. La derrota del Bund

¿Por qué fue un gran fracaso? ¿Acaso el Bund no demostró ser la fuerza motriz de esta lucha histórica? La mayoría de los observadores coinciden en que la lucha no habría alcanzado la intensidad y el alcance que tuvo de no ser por el liderazgo del Bund, orientado a la acción. ¿No estaba el Bund en condiciones de aprovechar el impulso del movimiento que había ayudado a movilizar?

No, pues, paradójicamente, fue precisamente el auge del movimiento contrario al tratado lo que selló la derrota del Bund. El Bund consideraba que la lucha era una lucha revolucionaria para derrocar al imperialismo japonés. Pero los millones de manifestantes indignados que salieron a la calle inspirados por la acción del Bund tenían otras motivaciones. Consideraban que el tratado y Kishi violaban sus valores de paz y democracia. Se trataba de un sistema de valores propio de la democracia japonesa de la posguerra. La «paz» en este sistema de valores era un pacifismo alejado de cualquier análisis social serio de la última guerra. El pueblo japonés sufrió verdaderamente a causa de la guerra; con la devastación de Hiroshima y Nagasaki como símbolo de su experiencia, la gente estaba decidida a no permitir que se repitiera el mismo tipo de tragedia. Pero esta noción de paz

era vaga y abstracta. Los japoneses se consideraban víctimas de la guerra, pero nunca se plantearon seriamente cuántos chinos, coreanos y otros asiáticos habían matado el ejército y los civiles japoneses en el transcurso de su guerra de agresión. Tampoco intentaron nunca comprender claramente por qué se produjo la guerra, quién la inició y con qué fines. La «democracia», en este sistema de valores, significaba impedir que se produjera un régimen dictatorial como el de antes de la guerra. Para los sindicalistas militantes, significaba la protección de los derechos laborales que habían obtenido a través de sus propias luchas de la posguerra. «La paz y la democracia», tal y como se concebían entonces, se convertirían cada vez más en sinónimos del statu quo a medida que el capitalismo japonés alcanzaba su máximo esplendor en los años sesenta.

Sin embargo, en 1960, este sistema de valores seguía constituyendo la base moral y política de la resistencia. «Paz y democracia», sin embargo, no era en absoluto un valor revolucionario. Tampoco lo era la lucha contra el tratado, siempre y cuando se guiara por ese valor político. Y mientras el Bund quisiera liderar esta lucha, se veía arrastrado, sin quererlo, a la órbita de gravedad de este valor esencialmente liberal. Aunque impulsado por el auge del sentimiento militante pero liberal, el Bund vio cómo su identidad y su objetivo se sumergían en el campo más amplio del liberalismo floreciente.

Mientras que el Bund se sentía derrotado, el PCJ se sentía triunfante. Aunque el tratado se aprobó, dado que el gabinete de Kishi cayó y se canceló la visita de Eisenhower, el PCJ proclamó una victoria para la «paz y la democracia». Esta victoria vacía se presentó como la base para la futura expansión del partido. Los militantes que lucharon seriamente contra el tratado se sintieron indignados por esta valoración, ya que daba a entender que todo el esfuerzo no había sido más que una ocasión para la autopromoción del partido. El respeto por el partido como vanguardia se desvaneció muy rápidamente, y la desilusión se extendió entre los activistas. En este ambiente, se produjo la deserción ideológica de varios intelectuales progresistas y líderes estudiantiles muy conocidos. Algunos de ellos pronto se convirtieron en vociferantes ideólogos anticomunistas que admiraban la modernización capitalista y luchaban contra el comunismo[6].

[6] Entre las personalidades conocidas que abandonaron el movimiento tras la lucha contra el tratado se encontraban Shimizu Ikutaro y Koyama Kenichi. El profesor Shimizu fue un destacado intelectual progresista, activo en las luchas contra las bases militares en los años 50, que desempeñó un papel protagonista en la movilización durante la lucha de 1960. Cambió totalmente de postura poco después de la lucha de 1960 y se convirtió en un entusiasta ideólogo de derechas, admirador del crecimiento capitalista, del «milagro japonés» y del sistema imperial. A principios de los años 80, pasó a ser partidario del movimiento de extrema derecha y el defensor más acérrimo del armamento nuclear de Japón. Koyama fue líder del Bund y presidente de Zengakuren. Siguiendo los pasos de Shimizu, se convirtió en un académico de derechas y asesor del PLD. En la actualidad es un colaborador cercano de Nakasone.

La paradoja de la lucha contra el tratado de 1960 fue que el objetivo y la estrategia revolucionarios del Bund se volvieron inalcanzables e irrelevantes al mismo tiempo que la lucha de masas estallaba bajo el impulso y el liderazgo del Bund. Esta paradoja es recurrente para la Nueva Izquierda japonesa.

4. El crecimiento capitalista a toda marcha

Ikeda Hayato, un burócrata económico de carrera, sucedió a Kishi con una estrategia diseñada para evitar la confrontación y adormecer a la población mediante la prosperidad económica. Inmediatamente después de asumir el poder, Ikeda anunció un programa de «duplicación de los ingresos» que prometía una sociedad próspera si la gente trabajaba pacíficamente en pro del desarrollo capitalista.

El requisito previo para que Ikeda allanara el camino a esta política de cooptación era acabar con el poder de los mineros del carbón militantes en la mina de carbón de Mitsui Miike, en Kyushu. Paralelamente a la lucha contra el tratado en Tokio, los mineros del carbón de Miike se habían embarcado en una prolongada huelga militante contra la ofensiva anti obrera de la dirección de Mitsui. Este conflicto tenía una doble importancia estratégica para la resurgente burguesía japonesa: por un lado, las industrias japonesas estaban ansiosas por pasar del carbón al petróleo barato como fuente primaria de energía y, por otro, querían acabar con el poder de los trabajadores en las plantas de producción para allanar el camino a la implementación de planes de racionalización que permitieran una rápida acumulación de capital. Para ambos fines, Miike era esencial.

Los mineros de Miike se estaban imponiendo de hecho como dueños del lugar de trabajo y ejerciendo el control de la producción. Cualquier ofensiva de la burguesía a nivel industrial solo tendría éxito si se destruía esta ciudadela del poder obrero. Respaldada por todas las entidades empresariales, la dirección de Mitsui tomó medidas drásticas el año anterior contra este bastión del movimiento minero al anunciar el despido de 2 210 activistas por «sabotaje a la producción». El conflicto se intensificó hasta convertirse en un enfrentamiento entre el capital y el trabajo a escala nacional. Cientos de miles de trabajadores de Sohyo de todo el país fueron enviados a Miike. La policía se movilizó por toda Kyushu para disolver los piquetes masivos de los trabajadores, y se contrató a matones armados de extrema derecha como tropas de asalto, que atacaban a los trabajadores en piquete con dagas. Los trabajadores tuvieron que armarse con palas, palos y picos. Con la lucha contra el tratado en pleno apogeo en Tokio y la agitación industrial en Kyushu, todo el movimiento a principios del verano de 1960 había adquirido la forma de un óvalo con dos centros.

Cuando el enfrentamiento político en Tokio terminó con la derrota del pueblo, las tensiones en Miike seguían aumentando, amenazando con desembocar en violentos enfrentamientos armados y derramamiento de sangre. Para restablecer la paz social y facilitar su programa de expansión económica, sofocar esta resistencia obrera era esencial para el PLD y la burguesía japonesa. Inmediatamente después de asumir el poder, Ikeda intervino, pidiendo a la Comisión Central de Relaciones Laborales que actuara como árbitro, y la comisión respondió rápidamente apoyando plenamente el plan de despidos de la dirección. El sindicato de mineros del carbón y Sohyo sucumbieron, y la lucha de los mineros, que duró 282 días, llegó a su fin.

Una vez aplastada la resistencia de los mineros, el desarrollo capitalista se puso en marcha a toda velocidad. El PNB creció a un ritmo anual superior al 10 %, trayendo consigo una prosperidad material visible sin precedentes en la historia de Japón.

El «programa de duplicación de los ingresos» sirvió para atenuar la conciencia política que el pueblo había mostrado durante la lucha contra el tratado, al tiempo que el crecimiento económico se elevaba a la categoría de culto popular. A medida que las grandes empresas llevaban a cabo planes de racionalización a gran escala, el poder de los trabajadores en las fábricas fue destruido industria por industria, con la ayuda de los sindicatos de derecha de Domei. Sin embargo, dado que la expansión económica fue tan rápida, las campañas de primavera de Sohyo lograron importantes aumentos salariales y otras ventajas materiales. El crecimiento explosivo del llamado Cinturón Industrial del Pacífico, que abarcaba toda la costa pacífica de la isla de Honshu al suroeste de Tokio, con la proliferación de acerías, plantas químicas y otros grandes complejos, exigió una rápida expansión de la mano de obra y provocó un éxodo rural masivo. Los bienes de consumo duraderos —frigoríficos, televisores y, más tarde, automóviles— se convirtieron en sucesivos fetiches populares, y los Juegos Olímpicos de Tokio de 1964 sirvieron para cristalizar el narcisismo económico de los años sesenta. En 1963, la Agencia de Seguridad Pública (la CIA japonesa) afirmó que «el fracaso de la lucha contra el tratado [...] puso fin al movimiento pacifista de la posguerra y a la ideología pacifista», ya que «el creciente deseo de la población de alcanzar un mejor nivel de vida se está viendo satisfecho por el rápido crecimiento económico, lo que ha eclipsado el impulso de cualquier movimiento político progresista»[7].

Las direcciones tradicionales de la izquierda estaban ocupadas adaptándose a este nuevo clima. El Partido Socialista, que durante la lucha contra el tratado

[7] Koan Chosa Geppo, (Monthly Bulletin) Public Security Agency, Aug. 1983.

había abrazado el ambiente militante y cuyo secretario general, Asanuma Inejiro, fue asesinado por un ultraderechista tras su abierta defensa de la lucha contra el imperialismo estadounidense, obtuvo algunos avances electorales en las elecciones generales de 1961. Pero en lugar de mantener su militancia, el partido giró inmediatamente hacia la derecha, para estar «a la moda» en una sociedad orientada a la prosperidad. Renunciando a la resistencia y la confrontación, el nuevo secretario general del partido, Eda Saburo, propuso reformas que ayudarían al capitalismo japonés a desarrollarse aún más rápido de lo que preveía el plan de «duplicación de los ingresos» de Ikeda.

El Partido Comunista criticó el giro conservador del PSJ, pero, en ese mismo periodo, el propio PCJ emprendió su propio camino hacia el parlamentarismo. En 1962, el partido adoptó el programa de la «revolución democrática», al que se había resistido durante mucho tiempo, y se propuso centrar todas las actividades del partido en la ampliación de la afiliación y en el periódico del partido, con el objetivo de convertir al partido en una gran fuerza parlamentaria. En la práctica, esto significaba indiferencia hacia la lucha de masas: la confrontación con el Estado y el capital podría ahuyentar a los posibles votantes del partido. El partido tardaría otra década en completar esta transformación en una oposición leal, pero la aversión y la hostilidad del PCJ hacia la lucha de masas y las fuerzas de izquierda orientadas a la revolución se afianzaron firmemente en este período. La disciplina de partido se utilizó para obligar a todos los miembros a aceptar esta línea y se purgó a todos los defensores de la revolución socialista.

Las antiguas fuerzas de la oposición de izquierda, al llegar a compartir esencialmente los mismos valores que la clase dirigente burguesa, se convirtieron cada vez más en parte de la estructura dominante burguesa en nombre de la «paz y la democracia».

Cabe hacer aquí una breve observación sobre la naturaleza de la democracia de posguerra en Japón, ya que se trata de un sistema con una especificidad histórica —al igual que la democracia de Weimar en la Alemania posterior a la Primera Guerra Mundial— que caracterizó tanto al sistema de gobierno como al movimiento de oposición. La democracia de posguerra quedó plenamente consolidada en 1955 como la superestructura del pleno desarrollo del capitalismo japonés, a través de la cual la burguesía japonesa ejercía su hegemonía sobre la sociedad. Sin embargo, establecida de este modo como estructura de gobierno, la democracia de posguerra no era completa. Aunque mostraba al pueblo japonés una imagen de «paz y democracia», este sistema se combinaba orgánicamente en el exterior con la maquinaria bélica de Estados Unidos a través de la alianza militar. El «sistema de la Constitución de paz» que funcionaba internamente y el sistema de alianza militar externamente eran, de hecho, las dos caras de una

misma moneda. La clase dominante japonesa en los primeros años de la posguerra prefirió centrarse en la construcción de una base económica y, en lo que respecta a la «gestión de crisis» exterior, optó por actuar a través de la superestructura imperial de los Estados Unidos, que ya había establecido su firme dominio sobre la Asia capitalista. En otras palabras, el imperialismo japonés de la posguerra quería lograr de la mano de los Estados Unidos lo que en los años previos a la guerra había intentado conseguir con sus propias fuerzas militares. Esta división del trabajo ayudó a ocultar eficazmente al pueblo japonés la naturaleza esencialmente imperialista de la democracia de posguerra. Este acuerdo complementario funcionó con relativa fluidez cuando la clase dominante japonesa pudo perseguir objetivos económicos con un compromiso militar externo mínimo, pero cuando se hizo visible el aspecto del compromiso militar con la estrategia bélica de Estados Unidos, la brecha entre la supuesta naturaleza pacífica de la democracia de posguerra y la realidad salió a la luz. Esto provocaría inquietud entre la población y, si la brecha se hacía demasiado grande, la gente se levantaría y lucharía contra el aspecto beligerante de la estructura. Así es como la «paz y la democracia» funcionaron como factor movilizador durante la lucha contra el tratado de 1960. Esta lógica no desaparecería por completo en los años posteriores de la Nueva Izquierda, ya que el impacto de la guerra de Vietnam fue tan fuerte que, aunque se fue debilitando, este sistema de valores popular sirvió para movilizar a la gente. Aun así, la lucha de 1960 fue sin duda la última ocasión en la que «paz y democracia» pudo imponerse como el principal principio inspirador de la acción. A medida que la democracia de posguerra se fue consolidando como la principal estructura de dominio imperialista, «paz y democracia» se convirtió cada vez más en una ideología conservadora. La Nueva Izquierda pronto tendrá que enfrentarse a esta estructura y a la ideología de la democracia de posguerra.

5. Escisiones y reorganización

Con la hegemonía burguesa en pleno apogeo, los primeros años de la década de los sesenta fueron un periodo de dificultades para las fuerzas de la izquierda revolucionaria. Fue también una época de escisiones y reorganización, a través de la cual los actores posteriores irían forjando sus respectivas características políticas y organizativas.

El Bund se colapsó inmediatamente tras la lucha contra el tratado. En su congreso nacional de agosto de 1960, la dirección del Bund admitió que, en la última fase de la lucha contra el tratado, su secretaría central se había desintegrado y no había logrado proporcionar una orientación unificada. Por lo tanto, no se llevó a cabo una evaluación unificada de la lucha. En medio de este fiasco, el Bund se dividió inmediatamente en tres facciones nacionales, pero ninguna de ellas logró

sobrevivir ni siquiera un año. Tras nuevas divisiones, el Bund dejó de existir como organismo político nacional viable[8].

La Liga Comunista Revolucionaria, por su parte, presentó lo que parecía una evaluación más plausible de la lucha. Argumentó que la lucha contra el tratado había sido derrotada debido a la falta de un partido de vanguardia sólido basado en una ideología y una estrategia correctas, una antítesis de la orientación del Bund, que anteponía la acción. La LCR afirmaba que ella era ese partido de vanguardia y que su enfoque antiimperialista y antiestalinista era la única estrategia correcta. Ante el claro fracaso del Bund, un segmento significativo de los activistas del desintegrado Bund se sintió atraído por esta línea de construcción del partido, y muchos fueron posteriormente absorbidos por la LCR.

El «elecerismo» y el «Bundismo» representaban orientaciones diametralmente opuestas. Para el Bund, la organización del partido y la ideología no eran más que instrumentos para facilitar el desarrollo de la lucha de clases y la acción de masas. Para la LCR, su ideología y su programa eran esenciales, casi sacrosantos, en torno a los cuales debía girar todo el mundo. El partido era, por así decirlo, un centro evangélico fundamentalista desde el que se difundiría el «evangelio» en un círculo concéntrico cada vez más amplio.

El LCR comenzó como un comité preparatorio para la sección japonesa de la Cuarta Internacional. Pero una de sus facciones rompió con la línea oficial de la Cuarta Internacional de «defensa incondicional del estado obrero en la Unión Soviética» para promover una estrategia «antiimperialista y antiestalinista». Esta facción, en su énfasis en la estrategia antiestalinista, adoptó una actitud negativa hacia los movimientos de liberación nacional por considerarlos un apéndice del estalinismo. El cerebro ideológico de la LCR fue Kuroda Kanichi, quien, a finales de los años 50, desarrolló su propia teoría del «hombre proletario» basándose en la teoría de la alienación y recurriendo al «materialismo orientado a la subjetividad» (shutaiteki yuibutsurori) elaborado anteriormente por filósofos marxistas japoneses como Kakehashi Akihide. Según Kuroda, el partido debía

8. La Liga Estudiantil Socialista o Shagakudo (LES), el brazo estudiantil del Bund, había llegado a ser indistinguible del Bund cuando este último prácticamente se desintegró. Las organizaciones del Bund se mantuvieron, por tanto, principalmente en forma de secciones y fracciones de la LES. La predecesora de la LES fue la Liga Estudiantil Antiguerra, fundada en 1949, que pasó a denominarse LES en 1958, coincidiendo con la fundación del Bund. En 1964, las facciones dispersas de la LES se consolidaron en cuatro grupos: el grupo de Kansai, el grupo del Frente Teórico Marxista (Marusenha), la facción marxista-leninista y la facción independiente de la LES. La Marusenha se basaba en una teoría de la crisis capitalista desarrollada por Hiroshi Iwata, un economista de la escuela de Uno. Los cuatro grupos comenzaron a avanzar hacia la reunificación en el Bund-II, que se logró en 1965, aunque parte de la facción ML se mantuvo al margen. La facción ML aceptó el maoísmo durante la Revolución Cultural y, junto con otros grupos, formó la Liga Marxista-Leninista en 1967.

estar compuesto por «personalidades proletarias» purificadas y encarnar así el comunismo «aquí y ahora». Todas las demás consideraciones y la lucha de masas debían estar supeditadas a la tarea de construir un partido así.

Los opositores a la línea de Kuroda, especialmente fuertes en la región de Kansai, abandonaron el partido y formaron la sección japonesa de la Cuarta Internacional en 1960[9].

La LCR volvió a dividirse en 1963 en dos facciones antagónicas: la Facción del Núcleo Central o Chukaku y la Facción Marxista Revolucionaria o Kakumaru. Aunque ambas compartían básicamente la misma estrategia e ideología, sus diferencias eran profundas y se volvieron cada vez más insalvables.

A grandes rasgos, Chukaku heredó parte de la tradición del Bund de orientación a la acción (dentro de los límites de la LCR, por supuesto) y concedió importancia a la acción de masas, mientras que Kakumaru purificó el «elecerismo» hasta su extremo lógico, considerando que la lucha de masas carecía de valor a menos que sirviera directamente a los intereses de Kakumaru. En ese contexto, Chukaku concedió importancia a la construcción de organizaciones regionales del partido y Kakumaru hizo hincapié en los comités del partido organizados según criterios industriales. Más importante aún, Chukaku propuso un frente único militante con otros grupos políticos, pero Kakumaru consideraba que todos los demás grupos políticos debían subordinarse o eliminarse, si fuera necesario mediante el ejercicio de un sistema altamente manipulador y sofisticado, desarrollado hasta tal punto que destruiría a los partidos rivales mediante amenazas y violencia si fuera necesario.

A pesar de la desintegración de la organización nacional del Bund, su comité regional de Kansai (Osaka-Kioto) y su liderazgo en el movimiento estudiantil de Kansai se mantuvieron intactos. La «teoría del proceso político» del Bund de Kansai extrajo lecciones únicas de la lucha contra el tratado, haciendo hincapié en cómo las masas salieron a la calle en 1960 a pesar de la ausencia de una crisis económica; mientras la economía estaba en auge y el capitalismo prosperaba, el pueblo fue capaz de llevar a cabo una importante lucha de masas que sacudió los

9. La rama japonesa de la Cuarta Internacional había recorrido un camino muy tortuoso antes de constituirse tal y como es hoy en día. Básicamente, surgió de la facción de Kansai de la LCR, y después de que la facción de Kuroda (que más tarde se dividió en la LCR-Kakumaru y la LCR-Chukaku) optara por seguir su propio camino, el grupo de la LCR de Kansai y otros fundaron la sección japonesa de la Cuarta Internacional en diciembre de 1960. Pero se dividió nada más fundarse: la mayoría (pablistas) adoptó el entrismo y se unió a la Liga Juvenil Socialista, mientras que la minoría creó un grupo independiente. Tras repetidas fusiones y escisiones, la Liga Comunista Revolucionaria de Japón (la sección japonesa de la Cuarta Internacional) se constituyó en 1967 como organización política independiente a raíz de la purga de izquierdistas llevada a cabo por el PSJ en la Liga Juvenil Socialista, lo que puso fin al período entrista del grupo.

cimientos del poder burgués. El Bund de Kansai argumentaba que esto podía explicarse por la relativa independencia del proceso político respecto a la ley de la economía. El elemento clave para crear un levantamiento popular, según el Bund de Kansai, es el ejercicio de las tácticas adecuadas. Consideraban que unas tácticas apropiadas podían producir una dinámica que «mejorara la calidad de la lucha política» y, por lo tanto, generara una «situación de doble poder». Aunque esta lección de la lucha de 1960 suena voluntarista, explicaba en gran medida la lucha. También cristalizó el espíritu del Bund, o Bundismo, que se distinguía claramente del elecerismo. En el futuro, veremos cómo este enfoque culminará en la teoría que dio origen a la Fracción del Ejército Rojo.

Mientras tanto, surgió otro grupo radical de la Liga Juvenil Socialista, la rama juvenil del PSJ fundada en 1960. Una corriente del consejo estudiantil de la Liga Juvenil Socialista se convirtió en la Facción de la Liberación (Kaiho-ha) y se independizó de la liga en 1965. Kaiho era el único grupo de la Nueva Izquierda que procedía del Partido Socialista. Conscientes de que la abrumadora mayoría de las masas trabajadoras japonesas se encontraba bajo la influencia del Partido Socialista, los jóvenes activistas de esta corriente optaron por continuar su lucha dentro del movimiento socialdemócrata. Al oponerse a los planes de racionalización de la dirección empresarial, esta facción ganó apoyo entre los jóvenes trabajadores del transporte metropolitano y los servicios de agua, así como en el sindicato de trabajadores postales. Los miembros de Kaiho se basaban en el pensamiento y la teoría de Rosa Luxemburgo. Críticos con la teoría leninista de la construcción del partido y reacios a la idea de Lenin de que los intelectuales inculcaran conciencia política a la clase obrera, los miembros de Kaiho eran comunistas de consejos. Defendiendo la espontaneidad de las masas y la «liberación de la sensibilidad» como factor importante de la liberación proletaria, criticaron a la LCR y al Bund por su vanguardismo distorsionado.

Tras la lucha contra el tratado, el PCJ se vio sacudido por debates internos. El principal grupo de oposición, que proponía la revolución socialista a través de reformas estructurales, contaba con un amplio apoyo en el movimiento estudiantil. Antes del octavo congreso, celebrado en 1962, el partido expulsó a un gran número de críticos, entre ellos algunos miembros del comité central. Los miembros expulsados del PC organizaron sus propias ligas políticas: el Movimiento de Renovación Socialista y la Liga Socialista Unida. El ala derecha de esta tendencia encontró apoyo en las corrientes reformistas del Partido Socialista, que utilizaron la teoría de los ex ideólogos del PC como justificación del cambio social evolutivo. Pero el ala izquierda, tras una serie de fusiones y

escisiones, abandonó más tarde el modelo comunista italiano y se unió a la lucha de la Nueva Izquierda a finales de los años 60[10].

El PCJ se mostró pro-China en la fase inicial de la disputa sino-soviética, y cuando se firmó el tratado de prohibición parcial de los ensayos nucleares en 1964, la dirección, haciéndose eco de la línea de China, se opuso vehementemente a él calificándolo de «gran fraude». Esta postura del partido provocó una escisión en el movimiento antinuclear y generó otro grupo escindido. Los partidarios de Moscú, entre los que se encontraban algunos de los principales dirigentes del Comité Central, desafiaron abiertamente la decisión del partido sobre la cuestión de la prohibición de los ensayos y fueron purgados. Formaron un grupo pro-Moscú.

Pero el PCJ pronto adoptó una línea anti china al estallar la Revolución Cultural. La corriente principal del partido, liderada por Miyamoto Kenji, se alió con el grupo de Liu Hsiao Chih y no con Mao. Ahora les tocaba a los miembros pro-China del PC ser expulsados. Con el apoyo de China, organizaron grupos pro-Pekín, siendo el principal de ellos el PCJ (Izquierda)[11].

Las tendencias de izquierda de estas diversas agrupaciones, cada una a su manera, se apartaron de las ortodoxias de Moscú o Pekín bajo el impacto de la guerra de Vietnam y la Revolución Cultural en China, y participaron en el auge de la Nueva Izquierda en los años posteriores. En 1965, la mayoría de los actores partidistas del drama de la Nueva Izquierda habían aparecido en escena. Pero el actor principal, las masas radicales, aún no había llegado.

---

[10]. Los esfuerzos por unificar todos los grupos comunistas surgidos de la lucha interna en el PCJ entre 1961 y 1964 comenzaron en 1965 por iniciativa del Movimiento de Renovación Socialista. Esto dio lugar a la fundación del Partido Comunista de los Trabajadores en 1967, que incluía al MRS, una facción de la Liga Socialista Unida, algunos miembros del grupo pro-Moscú e independientes. En 1969, el PCT renegó de la ortodoxia de la Declaración de Moscú de 1960 y adoptó una estrategia tercermundista.

[11]. Los miembros pro-China del PSJ, tras ser purgados en 1966, formaron varios grupos, siendo el principal el PCJ (Izquierda), con una sólida base en la prefectura de Yamaguchi. El PCJ-Izquierda sufrió escisiones entre 1968 y 1969, lo que generó facciones radicales, incluida una que más tarde formó el Ejército Rojo Unificado, junto con parte de la facción del Ejército Rojo del Bund. Los partidarios de Moscú expulsados del PCJ en 1964 formaron «Voz de Japón/4» bajo el liderazgo del veterano dirigente del PCJ Shiga Yoshio. La parte radical de este grupo se separó más tarde y se unió a las fuerzas de la Nueva Izquierda, pero el núcleo de los grupos pro-Moscú se mantuvo al margen del radicalismo de finales de los años 60.

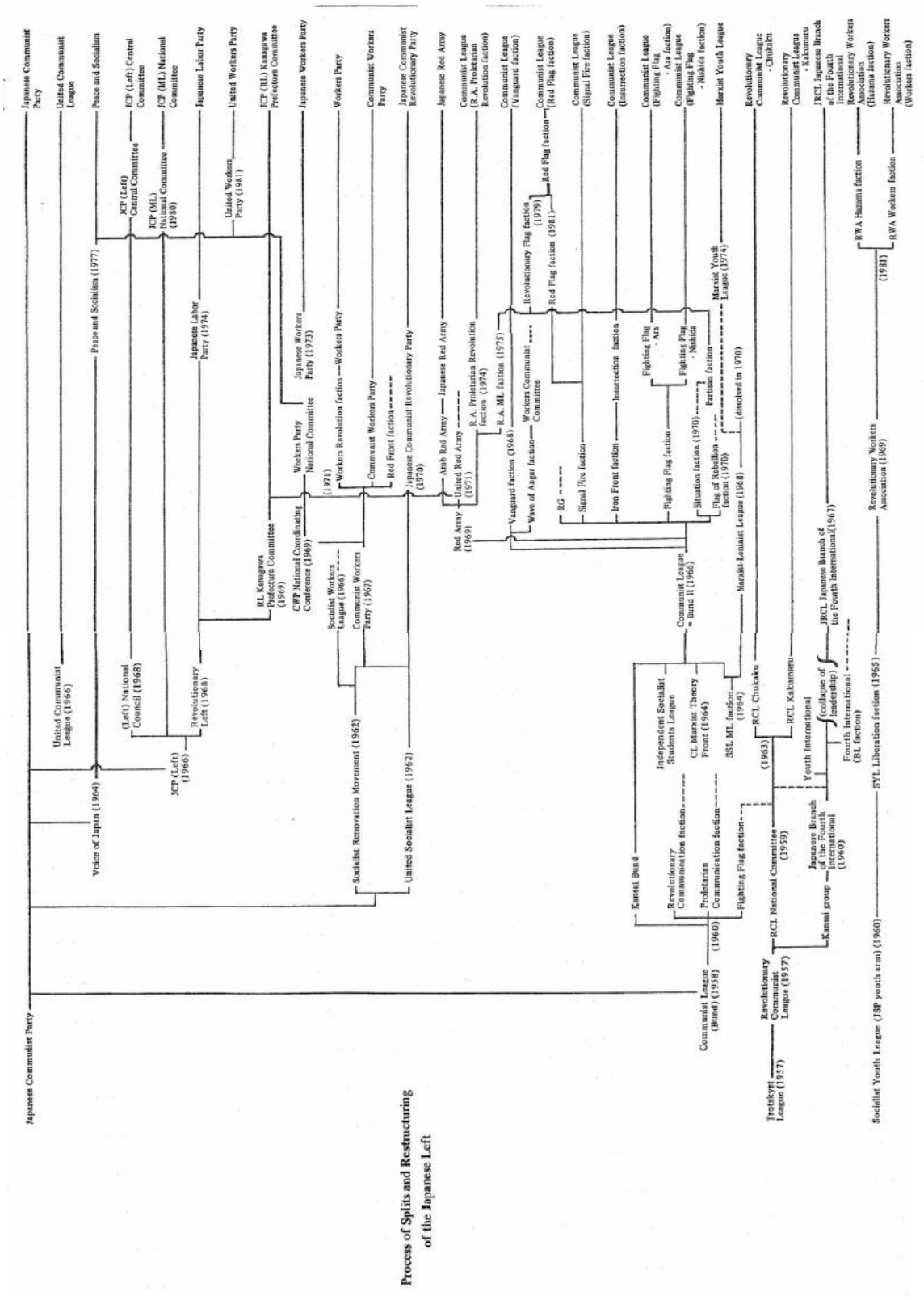


Imagen original de la publicación de *AMPO* en la que se representan la evolución de las organizaciones de la izquierda marxista japonesa y sus escisiones